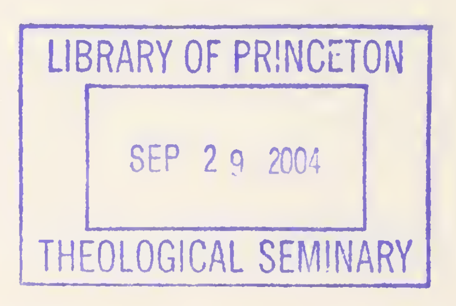




VERBO

En el principio era el Verbo

S. Juan 1, 1

Los ataques contra La Ciudad Católica

SUMARIO

Introducción 2
Historia breve de las querellas 5
Utilización fraudulenta del documento ... 6
Utilización de la prensa 7
El libro del R. P. de Soras 9
La querella llega a nuestro país 11
El artículo de "Criterio" 13
Carta al R. P. Mejía 21
Alocución de Mons. Hamayon 21
Artículo del R. P. E. Guerrero, S. J. .. 24
Carta de Mons. Lefebvre 32
Respuesta del R. P. Mejía 34
Nueva carta al R. P. Mejía 35
Nueva respuesta del R. P. Mejía 37
No luchamos para nosotros 38

AÑO 1962

SUPLEMENTO Nº 1

LOS ATAQUES CONTRA LA CIUDAD CATÓLICA

INTRODUCCION

El mundo entero ve ya, gracias a la magnificencia Divina, progresar **La Ciudad Católica.**

Nuestros amigos diseminados por muchos países del orbe y ubicados en todas las clases sociales, son ejemplo de un catolicismo vivido en todas las circunstancias que la Providencia ofrece.

No son pocos los que conciben ya las dificultades como bendiciones y los contratiempos como fuente de progreso espiritual, a la vez que han ido reemplazando la desesperación o la crítica estéril por una actitud positiva de obreros del Reinado Social de Nuestro Señor.

Frecuentar los sacramentos, rezar el Rosario todos los días, dedicar algún tiempo a la meditación y al examen, formarse intelectualmente en el trabajo oscuro e ingrato de las células de estudio, vivir su fe prácticamente ¿no es, acaso, tarea sin brillo, juzgada por muchos como indigna de ellos, fuente de sarcasmos para los "sabios" según este mundo, que ven en ella una lastimosa pérdida de tiempo o una lamentable ausencia en luchas que creen fundamentales?

Cuando declarábamos en nuestros comienzos que invitábamos al estudio de la doctrina de la Iglesia sin sentar doctrina propia, que no éramos profesores sino que profesábamos la enseñanza pontificia como se profesa la Fe;

que nos rehusábamos a una acción concreta de orden político para poder mejor estar presentes en todas partes, para ser auxiliares de todos los que luchan por la Verdad y por el Bien; que todo nuestro trabajo consistía en la capacitación de hombres sin restar adherentes a nadie; que la regla fundamental de nuestra acción de difusión doctrinaria era permanecer abiertos a todos sin distinción y ser permanentes vehículos de una Verdad que no es nuestra sino de la que deseamos ser fieles servidores: ¡cuántos vieron allí la expresión de un catolicismo desencarnado, de buena voluntad, es cierto, pero totalmente ineficaz!

Y, sin embargo, nuestros amigos deben saber que, mundialmente, no hay obra que sea hoy más vilipendiada, más atacada, más calumniada y perseguida que **La Ciudad Católica.**

Desde las denuncias periodísticas de carácter político, que son suaves insinuaciones al poder político para que llene las cárceles con miembros de **La Ciudad Católica**, hasta los ataques en el plano doctrinario, que son una permanente invitación a los obispos para que nos condenen —y eso en los cuatro continentes— nuestra obra vive hoy la suerte prometida a todos los servidores de Cristo a lo largo de la Historia.

Es así que esta obra pobre, humilde, oscura (ineficaz, al decir de muchos), se encuentra de pronto en el primer plano de la actualidad, presentada en todas partes como la amenaza más inmediata de un retorno al pasado, a un nuevo oscurantismo. Y esto cuando fuerzas políticas importantes, abiertamente dedicadas a la subversión y comprometidas en empresas de esclavitud universal, son consideradas como tendencias respetables con las que se puede dialogar.

Se nos presenta como ligados a formas históricas superadas, como atados a determinadas estructuras sociales. Queremos ser hijos fieles de la Iglesia, en perfecta sumisión al Papa y a los Obispos, y como tales no estamos

apegados a ninguna forma social porque la Iglesia tampoco lo está.

Cristo ha nacido para todos los hombres de todos los tiempos y por eso la Iglesia es católica, es decir, universal. Mal se puede reprocharnos estar atados a la civilización occidental si se considera la extensión de nuestra obra en Asia y en Africa.

Otras causas motivan los ataques a **La Ciudad Católica** y para sacarlas a luz es menester ir al fondo de la cuestión.

La toma de conciencia de la fuerza social del cristianismo, del hecho de que la Iglesia es, además de madre de nuestras almas, también madre y maestra de la vida social de las naciones, genera en toda alma sincera un movimiento hacia la santidad. Este esfuerzo hacia la santidad personal no puede dejar de traducirse en la vida social bajo pena de falta de autenticidad.

Y es así que la verdadera eficacia del Cristianismo es la Santidad. En vano se aplicarán las técnicas más elaboradas para reformar el mundo. Si el Reino de Dios no se establece primero en nuestras almas, vano será el esfuerzo. La fiel respuesta a nuestra vocación, el uso recto y meticuloso de nuestros talentos en el cumplimiento de los deberes de estado: he aquí para nosotros, laicos, la manera de subir por la escala de Jacob. Y ¿cómo lo haremos si no nos formamos a la luz de la Sabiduría dos veces milenaria de la Iglesia que los Papas nos dan en fiel diálogo de la doctrina del mensaje evangélico con los problemas que nuestro tiempo histórico plantea, y que ellos nos animan a poner en obra en nuestro campo de acción específico de laicos: el orden cívico social?

Hecho este camino, que todos hemos emprendido, nace en nuestras almas una invencible fe en el poder del catolicismo para dar a los pavorosos problemas que plantea el mundo moderno, la sola respuesta positiva posible frente a la coherencia marxista.

Y es a esta Fe, a la que nuestros enemigos temen.

Nuestra fe en el poder de la Verdad, en la virtud de la prudencia, en la caridad política. Y por eso nos atacan ¡laus Deo!

Nunca, hasta ahora, habíamos comentado a nuestros amigos estos ataques.

Ahora, ha llegado el momento de hacerlo.

Ellos deben saber que a medida que nuestra acción sea más vigorosa, más intensamente seremos atacados. Por eso es bueno que sean prevenidos. Si somos buenos soldados de Cristo y servimos al Papa y a nuestros Obispos, nada debemos temer. Sufriremos con Cristo, escarnecido, traicionado, crucificado y... resucitado.

HISTORIA BREVE DE LAS QUERELLAS

Francia fue el escenario de los primeros ataques. Cosa normal, ya que nuestra obra tuvo su origen, antes de revestir carácter internacional, en ese país.

No es pues de maravillarse que la Jerarquía Eclesiástica francesa, cumpliendo con su deber de vigilar todas las obras o movimientos que tienen relación con la Fe y la Moral, se preocupase de averiguar qué realidad representaba "La Cité Catholique".

La Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia (ACA) encargó, pues, a uno de sus miembros, la presentación de un informe sobre "La Cité Catholique", destinado a la orientación del Episcopado. La ACA se define a sí misma en los términos siguientes: "**Es una autoridad solamente moral y no jurídica. Ella estudia los problemas que se presentan en el orden nacional para sacar orientaciones de estos estudios. Se limita después a expresar votos, presentar sugestiones y formular recomendaciones destinadas a los Obispos. (Estos actos no son hechos públicos por la ACA). La Asamblea expide también comunicados y declaraciones que tienen el prestigio que comporta la dignidad de sus miembros.**"

En otros términos, la ACA no tiene autoridad canónica sobre los Obispos —únicos jueces en sus respectivas diócesis—, ni sobre el clero, ni sobre los fieles. Es una autoridad moral destinada a elaborar informes internos, secretos, destinados a facilitar la tarea del Episcopado y, en casos excepcionales, a ser portavoz de la Jerarquía por la emisión de comunicados y declaraciones.

En marzo de 1960, un arzobispo miembro de la ACA produjo un documento de trabajo interno sobre "La Cité Catholique".

Este documento no era ni un comunicado, ni una declaración. Jamás ha sido hecho público por autoridad religiosa alguna. No era tampoco una advertencia privada dirigida a los dirigentes de la Cité. Estaba destinado estrictamente a los Obispos franceses.

Y es, además, de hacer notar que este documento de trabajo destinado solamente a los Obispos, contenía una intención benévola expresada en los siguientes términos:

"En resumen, no podemos sino alabar el deseo muy legítimo de laicos decididos a empeñarse en una acción temporal. Existe, por otra parte, una manifiesta buena voluntad entre los dirigentes de "La Cité Catholique" de mostrarse plenamente católicos y cuidadosos de una verdadera formación doctrinaria: conviene ayudarlos y orientarlos..."

UTILIZACION FRAUDULENTA DEL DOCUMENTO

Al poco tiempo empiezan a circular hojas mimeografiadas reproduciendo este documento que, como hemos aclarado, no tenía, por su destino, por qué tomar carácter público, con el agravante de que, además, es atribuido al **Episcopado Francés** y se le hacen agregados que tratan evidentemente de desacreditar a los dirigentes de "La Cité Catholique" y de impedir la conquista de nuevas buenas voluntades.

Informados de esta difusión clandestina, los dirigentes de "La Cité Catholique" efectúan inmediatamente las diligencias necesarias para conocer la posición de la Jerarquía.

Y es así que en julio de 1960, en el Congreso de Issy, Mgr. Hamayon en nombre del Cardenal Feltin, Arzobispo de París, pronuncia la vigorosa alocución que nuestros amigos podrán encontrar en el presente número.

Plenamente satisfechos y tranquilizados, nuestros amigos franceses dieron el caso por terminado.

Es bien conocida la fidelidad de "La Cité Catholique" al Papa y a los Obispos en el orbe entero. Condición fundamental de nuestra acción de laicos es el "sentir con la Iglesia". Condición que está en la base de nuestro combate contra la secularización sistemática de la sociedad y el naturalismo político.

¿Por qué, pues, inquietarse si nuestros Padres deseosos de guardarnos de tantos peligros vigilan con amor nuestras acciones?

Obtenida de labios de Mgr. Hamayon la seguridad de su aquiescencia, "La Cité Catholique" siguió adelante.

Pero el enemigo no se dio por vencido y en noviembre de 1961, utilizando otra táctica, prosiguió con sus ataques.

UTILIZACION DE LA PRENSA

En noviembre de 1961, extractos elegidos y hábilmente recortados o "resumidos" del documento secreto de marzo del año anterior, fueron llevados a la prensa.

Varios diarios anticlericales primero, de libre opinión después, ignorantes de la existencia ya antigua de las hojas clandestinas, ven allí un "affaire", una información nueva.

Los autores de esta "noticia", para tratar de darle la apariencia de una "puesta en guardia" que la Jerarquía

Apostólica acabaría de pronunciar contra "La Cité Catholique", han debido proceder a tres tipos de fraude.

a) **Fraude en la fecha**

¿Qué diario va a publicar como sensacional en noviembre de 1961 una información de marzo de 1960?

Se dio pues como fecha del documento: marzo de 1961. Así lo reconoció el diario "Le Monde", de París.

Este cambio de fecha pretende anular el efecto del discurso de Mgr. Hamayon, de julio de 1960, haciendo aparecer una vieja infidencia como un documento nuevo.

b) **Fraude en el texto**

Es bien evidente que un documento no tiene valor sino en su versión original.

Importaba pues asegurarse de su autenticidad.

El Secretario de la ACA, sólo calificado para ese cometido, contestó que tratándose de un documento no destinado a la publicidad, no era procedente confirmarlo ni rechazarlo.

Por lo que sin temor se lo puede llamar "presunto documento".

Por eso no se puede comprender cómo puede un diario o revista confirmar la autoridad de un texto cuya autenticidad no se puede probar.

Veremos que hay en nuestro país gente que piensa de otra manera cuando estudiemos el caso "Criterio".

c) **Fraude en la significación**

Pero el fraude masivo y más global se efectuó en la significación del documento, presentándolo como una "puesta en guardia" o "condenación" de "La Cité Catholique".

Una "puesta en guardia" o "condenación" existen desde el momento en que han sido promulgadas.

En la hipótesis extrema de que un documento de trabajo interno de la ACA de marzo de 1960 sea inter-

pretado como un **proyecto** de condenación, fuerza es constatar que tal proyecto no ha sido seguido de efecto alguno. Ningún Obispo francés ha condenado "La Cité Catholique" y eso debe, por supuesto, significar algo y algo muy contrario a lo que quieren hacer creer los utilizadores fraudulentos de este papel.

Pero lo importante para la conjura que persigue la destrucción de "La Cité Catholique", es hacer creer en la existencia de una "puesta en guardia".

"Calumniad, calumniad, se ha dicho, algo siempre quedará". Furor ciego, pues, el que anima a los detractores de "La Cité Catholique".

Una "puesta en guardia" no publicada es como un juramento no pronunciado, un contrato no firmado, una ley no sancionada. Cosas que, por el hecho mismo, no tienen valor ni de ley, ni de contrato, ni de juramento, ni de "puesta en guardia".

EL LIBRO DEL R. P. DE SORAS

La campaña de prensa tuvo, pues, en Francia la misma suerte que la circulación de hojas mimeografiadas.

Las respuestas de Jean Ousset, de "Itineraires" en la pluma de su brillante director Jean Madiran, de la "France Catholique", "l'Homme Nouveau" y muchos otros hicieron rápidamente justicia y anularon esta tentativa.

Casi simultáneamente el R. P. A. de Soras, S. J., publicó un libro titulado "Documents d'Eglise et options politiques. Points de vue sur **Verbe** et **La Cité Catholique**". Los tres primeros capítulos son consagrados a nuestra obra. El resto a la manera de leer los documentos pontificios.

Notemos como curiosidad y como "cuestión preliminar" que el nihil obstat es del 24 de octubre de 1961 y el "imprimatur" del 27 del mismo mes. Asombra constatar que el libro cita textos o sucesos posteriores a estas fechas.

El texto publicado no puede ser, pues, exactamente el que ha sido revestido del "imprimatur".

El Padre de Soras, cuya obra está siendo traducida al castellano por los promotores de la lucha contra **La Ciudad Católica**, y que pronto se encontrará aquí en venta a precio muy reducido, dada la difusión de nuestra obra en el país, termina los tres capítulos que dedica a **La Ciudad Católica** con las siete preguntas siguientes:

1. ¿La definición que **La Ciudad Católica** da de sí misma y los comentarios que la acompañan no contienen acaso, bajo apariencia de coherencia, ambigüedades latentes?
2. ¿Ciertas imágenes que emplea **La Ciudad Católica** para expresar a sus lectores las relaciones entre la doctrina y su proyección sociológica, no son acaso imágenes engañosas?
3. ¿El título **"La Ciudad Católica"** que ostenta como una bandera, no es acaso ilegítimo?
4. ¿No puede decirse, acaso, que **La Ciudad Católica** es incompetente para usar, como lo hace, de los documentos pontificios?
5. ¿El simplismo de **La Ciudad Católica** en su utilización de los documentos pontificios no es acaso más marcado cuando se trata de documentos episcopales antiguos?
6. ¿Cuando **La Ciudad Católica** pretende hacer prédica de la espiritualidad de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, acaso no desvirtúa el espíritu de los mismos?
7. ¿Si se juzga por ciertas páginas de "Para que El Reine", acaso no podemos constatar que la concepción que **La Ciudad Católica** se hace de la Realeza Social de Nuestro Señor no coincide con las concepciones actuales de la Iglesia?

Preguntas como se ve que merecen respuestas extensas que desbordan el cuadro de la presente exposición. Nuestros amigos encontrarán en la librería de **Verbo** las magníficas refutaciones del libro del R. P. de Soras, bajo

los títulos: "Trois chapîtres du R. P. de Soras" de Jean Ousset ("Verbe", nº 129) y "La Cité Catholique aujourd'hui" de Jean Madiran.

Un teólogo y un obispo, el R. P. Eduardo Guerrero, S. J. y Mgr. Marcel Lefebvre, Arzobispo de Tulle, Francia, han dado por su parte dos documentos que nuestros amigos encontrarán en la nota que el Director de **Verbo** dirige a "Criterio", con motivo de la publicación aparecida en esa revista de un resumen de las acusaciones contra **La Ciudad Católica.**

Estos documentos dan buena cuenta de las dudas que pudiesen subsistir en algunos espíritus después de leer las preguntas del R. P. de Soras.

LA QUERELLA LLEGA A NUESTRO PAIS

Pero las cosas no paran allí. Con una monotonía desesperante, de París a Saigón y de Brazzaville a Montreal y Buenos Aires, todos los diarios y revistas progresistas repiten las acusaciones fraudulentas del documento de la ACA y las dudas del R. P. de Soras.

No hay punto del orbe donde **La Ciudad Católica** trate de animar a los hombres de buena voluntad en la lucha por la Realeza Social de Nuestro Señor, en que más o menos a breve plazo estos ataques no se repitan.

Hasta hemos visto aquí, en Buenos Aires, a un religioso francés venido en oportunidad del Congreso de las O.I.C. conceder al diario "La Prensa" una interview en la cual trataba de identificar a **La Ciudad Católica** con formas sociales superadas y con un concepto arcaico de la civilización occidental.

Hemos hecho llegar en forma personal a dicho religioso la información necesaria para disipar de su espíritu las dudas que parecía abrigar sobre la orientación de nuestra obra.

Ya ha pasado el tiempo en que diarios y pasquines

de la Capital y del interior del país nos consideraban, en recortes envenenados, como “la logia Verbo”.

Los ataques son de otro estilo y envergadura.

Es en el orden mundial que nuestra obra es atacada y no como “logia” sino como central difusora de ideas.

Habíamos pasado por alto lo de “logia”, porque como todos saben, nada hay más abierto que nuestras células y cualquiera puede ingresar y venir a constatar lo que en ellas se trata. No somos ninguna sociedad secreta. Eliminamos este medio ex-profeso por ser condenado por la Iglesia, aún para perseguir fines buenos. Los Hijos de la Luz no necesitan sociedades secretas. Creemos en el poder de la Verdad y sacamos de ella nuestra fuerza de convicción.

Pero estamos obligados a contestar cuando se cuestiona nuestra fidelidad a la Iglesia y a su Magisterio, al Papa y a nuestros obispos.

Y no para justificarnos porque sólo Dios juzga a los hombres y sólo El tiene derecho a separar la cizaña del trigo, pero sí para que las almas de buena voluntad no pierdan su fe en el triunfo de la Realeza Social de Nuestro Señor, para que la falta de resistencia o de información de los católicos laicos no siga siendo, según lo indicaba Su Santidad Pío XI en la “Divini Redemptoris”, una de las principales causas de avance del mal en el mundo.

Por otra parte, a eso tienden esos ataques: a destruir en el corazón de los católicos toda posibilidad de resistencia, a hacernos creer en la fatalidad del proceso histórico que lleva al comunismo, en la imposibilidad para Cristo Nuestro Señor de reinar sobre las naciones.

En este terreno contestaremos y defenderemos los derechos del Rey de nuestras almas. La historia no la hace una fatalidad ciega sino el ejercicio de la libertad y sólo la Verdad hace libres a los hombres.

Es, pues, en este espíritu de defensa de los derechos sagrados de Dios sobre el pueblo argentino que contestamos los ataques que “Criterio” inicia en nuestro país.

EL ARTICULO DE "CRITERIO"

"Criterio", en su número 1.405, del 14 de junio de 1962, bajo el título "La Asamblea de los Cardenales y Arzobispos de Francia y **La Cité Catholique**", en la página 433, se hace eco de un artículo publicado en Francia por la "Chronique Sociale de France", trasladando a nuestro país un extracto sabiamente dosificado del presunto documento de la ACA.

El texto es como sigue:

LA ASAMBLEA DE LOS CARDENALES Y ARZOBISPOS DE FRANCIA Y "LA CITE CATHOLIQUE"

La Chronique Sociale de France, en su número de febrero 1962, publica la siguiente información: "El diario Le Monde (10 de noviembre de 1961), ha publicado un documento emanado de la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos relacionado con el movimiento **La Cité Catholique**, del cual la revista **Verbe** es el órgano mensual.

"Como consecuencia de esta publicación, La Croix, de París, ha insertado la siguiente precisión:

"Algunos diarios han hecho estado de un documento emanado de la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos relacionado con la revista **Verbe** y el movimiento **La Cité Catholique**. Uno de ellos ha creído poder publicar algunos extractos de ese documento. Se trata de un análisis detallado del objetivo, de los métodos de acción y del espíritu del movimiento. El documento del cual se hace estado deduce los defectos y las cualidades de ese movimiento. En particular subraya ciertos riesgos de confusión en la manera de concebir la actitud de la Iglesia frente a los corrientes de pensamiento que tienden a rechazar a Dios, a Cristo, de la sociedad. Estas confusiones llevarían a condenar indebidamente en nombre de la doctrina católica opciones políticas legítimas. El documento destaca, por otra parte, una buena voluntad manifiesta entre los dirigentes de mostrarse plenamente católicos y preocupados de una verdadera formación doctrinal. Conviene esclarecer esta búsqueda llamando su atención sobre varios peligros que pueden correr.

"Un estudio doctrinal sobre **Verbe** y **La Cité Catholique** ha sido confiado a un miembro de la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos. La Asamblea de los Cardenales y Arzobispos usa este

procedimiento cada vez que se plantean problemas prácticos de doctrina o de moral. Estas notas están destinadas a los obispos para que puedan cumplir mejor su papel de maestros de la fe y de responsables de la enseñanza en su diócesis. Son los únicos jueces de la oportunidad de dar al público o no tal o cual documento."

"Se puede y debe lamentarse que un texto —dice **La Chronique Sociale de France**— que no estaba destinado a la publicación haya sido entregado al público —lo que, por otra parte, ha entrañado, como podía esperarse, comentarios contradictorios, a menudo inexactos o desatinados, incluso injustos.

"Hecho el mal, no es posible volver atrás. Por lo cual, para información de nuestros lectores, publicamos el texto íntegro del estudio sobre **Verbe** y **La Cité Catholique**".

VERBE - LA CITE CATHOLIQUE

Verbe se titula "órgano de formación cívica para la contrarrevolución". Se presenta como un instrumento de trabajo y de formación doctrinal al servicio de los círculos de estudios de **La Cité Catholique**.

Un grueso volumen de más de novecientas páginas, intitulado **Pour qu'il règne**, aparecido en 1959, expone, en una primera parte, el reinado social de Jesucristo; en la segunda, las oposiciones a este reinado: el naturalismo, la revolución; en una tercera parte, las razones de creer en el triunfo del reinado de Cristo; en una cuarta, las exigencias del combate en pro de una ciudad católica. A esta obra se refieren los extractos citados en este informe.

1) EL OBJETIVO

El objetivo **supremo** es la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo. "La realeza social de Nuestro Señor Jesucristo no es más que la aplicación de la doctrina social de la Iglesia" (página 30). "La neutralidad es imposible... De hecho no existe. Está pues en el orden que la espada temporal esté sometida a la espada espiritual. Esto ha sido y será siempre: dicho de otro modo, es imposible que una doctrina no reine sobre el Estado: cuando no es la doctrina de verdad, es una doctrina de error" (página 39).

El objetivo **inmediato**: **La Cité Catholique** es "un organismo que tiene por objetivo esclarecer, suscitar, animar por una acción más específicamente doctrinal, todo lo que puede tender a promover un renacimiento católico en el orden temporal: orden de las instituciones políticas y sociales, orden inmenso de esas cosas que nos interesan más particularmente, a nosotros laicos, en cuanto tales, y que el naturalismo moderno parecería haber sustraído, a la bendi-

ción divina, bajo pretexto de que no son específicamente religiosas" (página 697).

Tres observaciones sobre este importante texto:

1) **"Una acción, más específicamente doctrinal".** El vocablo "acción" no figuraba explícitamente en las antiguas definiciones. Ya no se trata solamente de una formación doctrinal. Que una formación a la luz de la doctrina social de la Iglesia sea dada a todos los católicos, los obispos no podrían sino felicitarse de ello. Es cierto que, muy felizmente y sin duda por una sana reacción contra un abandono y un desconocimiento, por parte de muchos sacerdotes y laicos, de la doctrina social de la Iglesia desde hace un cierto número de años, se hace sentir en todos los medios una necesidad profunda de conocer y de estudiar esta doctrina. A esta necesidad, Verbe ha tratado de responder. De ahí el éxito que ha obtenido, especialmente en los medios de la Universidad y del ejército.

El paso a la acción en nombre de la doctrina plantea evidentemente problemas nuevos y delicados.

2) **"En el orden temporal de las instituciones políticas y sociales".** La acción es realizada en el plano temporal, por lo cual se distingue de la Acción Católica. "Organismo distinto de los movimientos de Acción Católica, que como tal puede realizar una acción específicamente cívica, sin comprometer a la Jerarquía, aunque sometido al justo control de su Magisterio" (página 700).

En un terreno esencialmente temporal: "distinto del de las asociaciones católicas, pudiendo, entonces, a diferencia de estas últimas, realizar una acción eficaz en el plano social y político, sin parecer comprometer al magisterio eclesiástico al margen de su misión esencial".

El problema se complica: por una parte, La Cité Catholique quiere realizar una acción específicamente doctrinal y por tanto, en cuanto doctrinal, dependiente del Magisterio de la Iglesia; por otra parte, realiza esta acción en el plano temporal, social y político, y por tanto, como tal, al margen de la Jerarquía [1].

3) **"Hacer la unidad de los católicos en este plano temporal en el terreno de la doctrina social de la Iglesia".** He aquí una nueva precisión, que agrava todavía la dificultad. "La unidad revolucio-

[1] "La enseñanza de *La Cité Catholique* está... rigurosamente sometida a la vigilancia de un censor canónico regularmente designado" (pág. 700, Nº 17). Lo que está sometido al censor, es la enseñanza, tal como es dada en la fuente, en París. Pero, cuando esta enseñanza se traduce en una acción que quiere permanecer "específicamente doctrinal", no hay ya censor.

naria —y por consiguiente la revolución misma— cesaría sin embargo de existir si los católicos se decidieran a dar al mundo el espectáculo de su catolicismo, de su unidad, de su universalidad, en lo espiritual como en lo temporal".

"O los católicos llegarán (en lo temporal) a esta unidad que puede y debe darles esta "profesión absoluta y firme de la doctrina cristiana" de la que hablaba, no hace mucho, a Mons. Kordac el cardenal Pacelli, y la revolución retrocederá, o nada impedirá a la revolución desenvolver ferozmente todas sus consecuencias, así como el mismo Montalembert lo preveía en 1848" (página 557).

El equívoco se precisa:

—Hacer la unidad de los católicos en el terreno de la doctrina, es hacer obra de Iglesia. Es la Iglesia la que realiza esta unidad. La agrupación de **La Cité Catholique** no tiene esta misión.

—Hacer la unidad ("el frente común") de los católicos en el terreno de la acción temporal. No es ni posible ni deseable.

a) No es posible, pues se trata aquí de buscar aplicaciones de los principios de la doctrina social de la Iglesia. Ahora bien, la Iglesia deja a sus hijos una libertad muy grande en el terreno de las soluciones concretas y técnicas de orden social y político: No impone una solución en nombre de su doctrina.

En el terreno de las cosas contingentes, donde tantos elementos entran en juego: los temperamentos, las mentalidades, la cultura, la extensión de la información, las posibilidades de realización, etc.

b) No es deseable, porque se corre el riesgo de comprometer a la Iglesia en un terreno donde ella no quiere comprometerse: si todos los católicos estuvieran unidos en orden a una solución técnica del orden político y social, sería la Iglesia —quiéraselo o no— la que cargaría con la responsabilidad de esta decisión.

La diversidad de los compromisos en el terreno de las opciones libres, desde el momento que no están en oposición con la doctrina, salvaguarda la independencia y la trascendencia de la Iglesia.

Importa sumamente no confundir la unidad verdadera: la unidad de la fe, de la caridad, de la fidelidad a la Iglesia, con una uniformidad, una disciplina completamente "militar" (la comparación con el ejército se repite muy frecuentemente en **Verbe**: **frente común en el combate**) en un terreno donde la Iglesia respeta la libertad de las opciones.

He aquí, por ejemplo, un texto que es inquietante:

"La unidad misma, diremos, no es suficiente... y es preciso asociar una cierta uniformidad —que no debe ser temida—, con la diversidad...: uniformidad indispensable a cualquier fórmula de guerra. Dicho de otra manera, es necesario obtener algo más que

una unión benévola de los espíritus. Si estamos decididos a hacer todo para ayudar eficazmente a vencer un día a la revolución, se debe contemplar una cierta sistematización de los esquemas de pensamiento, de los métodos de trabajo y de argumentación, del estilo de acción. Esta sistematización, auténticamente militar, ha sido considerada desde siempre como un excelente medio de decuplicar la energía, aumentar la cohesión y, por lo mismo, la eficacia de una tropa; no es entonces permitido descuidarla en la organización de estos encuentros" (página 617).

En resumen, tratar de imponer la unidad de los católicos en el plano de la acción temporal en nombre de una doctrina, de la doctrina de la Iglesia, plantea un problema muy delicado, pues se corre el riesgo de imponer posiciones temporales en nombre de la fe. De buena fe, por ignorancia de la teología, laicos convencidos de que poseen la Verdad, corren el riesgo de no distinguir los diversos grados que van desde el principio hasta la aplicación.

Primer grado: La realeza social de Jesucristo. Todos los cristianos deben inspirarse de este gran principio.

Segundo grado: La doctrina social de la Iglesia. "Reinado de una doctrina... de una enseñanza". Aquí ya hay un desajuste.

No hay que confundir el Reino de Dios con un orden social cristiano:

—Este encara la doctrina social de la Iglesia, y se sitúa en el plano de las civilizaciones. Siempre importa salvaguardar la trascendencia del Reino de Dios, no hacerlo depender de las estructuras sociales y políticas de un Estado, incluso cristiano.

—Ciertamente, existen relaciones entre ambos: las estructuras del Estado, pueden ser un obstáculo para el Reino; deben, al contrario, ser una ayuda; pero el orden social cristiano no se confunde con el Reino.

Tercer grado: La unidad, no solamente acerca del reino social de Jesucristo, ni sobre los principios de la doctrina social de la Iglesia, sino sobre las aplicaciones hechas por laicos en nombre de esta doctrina, que habrán interpretado a su manera.

Aquí es donde está el peligro.

Consecuencias prácticas: se extiende indebidamente el dominio de los principios que obligan en conciencia a los católicos. Ejemplo: la campaña de los "no" en el referéndum en nombre de las exigencias de la fe (se refiere al referéndum acerca de la autodeterminación en Argelia).

O se vincula la ortodoxia de la fe a opciones temporales, a una forma particular de civilización. Ejemplo: la noción de contrarrevolución.

O, incluso, se llegará, en el caso extremo, hasta una acción política en nombre de la doctrina social de la Iglesia. Ejemplo: el doctor Lefebvre y su movimiento corporativo.

2) LOS METODOS DE ACCION

La Cité Catholique no es ni un partido político, ni una agrupación, sino que procede por una acción capilar, de la que se dice "que es... (digamos: que debería ser) considerada como una «ley de oro» de toda acción social y política que quiera ser eficaz.

"Esta acción capilar por irradiación de múltiples canales sumamente diversificada no es sin duda todo. Importa tan sólo comprender que las otras fórmulas, por excelentes y poderosas que sean en sí mismas, decepcionarán o serán estériles si no están revestidas, sostenidas, animadas por el juego de relaciones humanas convenientes, metódicamente provocadas y mantenidas. Y cuanto más poderoso, más vivo sea el conjunto de estos canales, mejor será el rendimiento de los ambientes en cuyo provecho ellos sean utilizados. Cuanto más poderosos, más vivos sean estos canales de los pioneros, de los militantes de Cristo Rey, más grandes serán sus posibilidades de triunfo; cualesquiera sean los medios de acción que pueda utilizar después" (página 611).

Nuevo problema: es en esas células donde se imparte la enseñanza doctrinal. Aquí también, podría uno felicitarse, si esta enseñanza fuera dada en las condiciones normales: presencia de un sacerdote con mandato de la Jerarquía. Pero, hace observar **Verbe**:

a) Delante de un sacerdote, uno puede sentirse molesto (**Verbe**, Nº 86, pág. 14, Nº 1);

b) Si hubiera que esperar sacerdotes, la revolución cumpliría rápidamente su obra (Nº 86, pág. 8, Nº 2, 3, 4);

c) Se puede descubrir la verdad completamente solo. Los Papas han escrito sus encíclicas para que los cristianos las lean, las estudien.

Conclusión: "Ausencia de jefes doctrinales (reconocidos por tales) a nivel de las células o de los círculos, y composición, redacción únicas muy centralizadas, de una enseñanza que será difundida bajo forma de «impresos»... verdadero curso por correspondencia" (**Verbe**, página 12, Nº 86).

¿Qué queda, en estas condiciones, para el control del Magisterio jerárquico?

3) EL ESPIRITU

En una palabra, el espíritu de **La Cité Catholique** es el espíritu de la contrarrevolución. El mal, el enemigo, es la revolución. Por

esto, en sentido amplio, se entienden todos los errores, las corrientes de pensamientos que tienden a rechazar a Dios, a Cristo de la sociedad; en sentido preciso, la revolución del 89 que ha encarnado tales errores.

La Iglesia aparece como la contrarrevolución, la lucha contra Satán, que anima la revolución (editorial, Nº 85, julio 1957).

1) Hay en esto un grave peligro para la concepción de la verdadera misión de la Iglesia: la Iglesia es en primer lugar misterio de salvación eterna, comunidad de fe y de caridad. Es peligroso darle un carácter esencial de contrarrevolución.

Consecuencias prácticas comprobadas después de la penetración de Verbe en una región: el apostolado y los movimientos de Acción Católica afectados en su reclutamiento, en su reputación.

2) Para la formación de militantes; peligro de preferir ante todo este espíritu de oposición, de lucha en el plano político.

La Cité Catholique quiere hacer lo contrario de la revolución. El señor Ousset, ex comunista, muy impresionado por los métodos marxistas, quiere construir frente, y sobre el propio terreno donde se coloca el comunismo, a fin de combatirlo por sus propios medios: en uno y otro lado hay "células", "acción capilar", "canales"; en uno y otro lado, gran preocupación de eficacia en el plano temporal. Imitación de los métodos comunistas.

3) La Cité Catholique está muy centrada en una cierta línea política: derecha y extrema derecha. Ciertamente, sus miembros son libres, en cuanto ciudadanos, de elegir esta opción política; pero ¿cómo acercarse a católicos que tienen otras opiniones políticas, legítimas también? El peligro está entonces en juzgarlos en nombre de la doctrina que se pretende encarnar, considerar que sus opciones políticas son condenables, sospechar de su ortodoxia.

En resumen, no se puede sino alabar el propósito muy legítimo de laicos resueltos a comprometerse en una acción temporal. Por otra parte, existe una buena voluntad manifiesta entre los dirigentes de mostrarse plenamente católicos y preocupados de una verdadera formación doctrinal: conviene esclarecerlos y ayudarlos, llamando su atención sobre varios peligros, que pueden correr.

1) Peligro de ver a laicos abordar los problemas más delicados de la teología sin un control suficiente de la Jerarquía, y de resolverlos con demasiada seguridad, de imaginarse que detentan toda la verdad, de arrojar una sospecha sobre los que no comparten sus opiniones en el plano político, porque los laicos de Verbe habían hecho, en nombre de la doctrina, una amalgama político-religiosa.

2) Peligro de desconocer el misterio y la trascendencia de la

Iglesia, permaneciendo únicamente en el plano de la contrarrevolución.

3) Peligro de pretender, en nombre de la doctrina interpretada por **La Cité Catholique**, realizar la unidad de todos los católicos en el plano temporal, cuando en realidad se elige una opción política.

Aún en el plano de la doctrina, si es verdad que el capítulo sobre las relaciones de Iglesia y Estado parece haber sido pulido en el gran volumen "Pour qu'Il règne", en cambio el título mismo de este capítulo "Las dos espadas", muestra bien que la tesis de San Bernardo sobre la espada espiritual que domina a la espada temporal inspira la posición de **La Cité Catholique**. Sin duda, se subraya que el Estado goza de una autonomía en el orden civil y temporal, citando al P. Neyron ("Le gouvernement de l'Eglise"). Pero podría ser útil recordar la doctrina de Pío XII sobre "la sana laicidad del Estado' y su frase de la encíclica **Summi Pontificatus**: "La Iglesia tiende sus brazos maternales hacia este mundo, no para dominar, sino para servir. No pretende sustituirse, en el campo que le es propio, a las otras autoridades legítimas, pero les ofrece su ayuda a ejemplo y en el espíritu de su Divino Fundador, que "pasó haciendo el bien".

Finalmente, si, como lo muestra Verbe, el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo es el reinado de una doctrina de verdad sobre las inteligencias, es necesario recordar, en todo tiempo y en nuestros días más que nunca, ante las divisiones entre católicos de derecha y de izquierda, que la encíclica de Pío XI sobre el reinado social de Jesucristo enseña que este imperio se ejerce sobre los corazones y sobre las relaciones de los hombres entre sí, por la soberanía de la caridad, de su caridad.

COMUNICADO DE MONS. DUVAL

La Chronique Sociale de France transcribe, además, el comunicado que sobre el mismo asunto dio el arzobispo de Argel, Mons. Duval:

"Un cotidiano ha publicado recientemente un artículo titulado "La Asamblea de los Cardenales y Arzobispos aprueba la revista Verbe".

"De hecho, como ha dicho **La Croix** del 10 de noviembre, la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos, en marzo de 1960, ha redactado una nota sobre la revista Verbe destinada únicamente a los obispos. Esta nota, lejos de constituir una aprobación, es una advertencia con respecto a esta revista, tanto en lo que concierne a su espíritu como a los métodos de acción que ella preconiza".

Nuestro Director, M. Roberto Gorostiaga, dirigió el 25 de julio al R. P. Jorge Mejía, la carta siguiente:

25 de julio de 1962.

R. P. Jorge Mejía
Director de "Criterio".
Alsina 840,
Capital.

De nuestro mayor respeto:

En el Nº 1.405 de la publicación que Ud. tan dignamente dirige, y con fecha 14-6-62 aparece en la sección "Información" un artículo recopilado de "La Chronique Sociale de France" sobre Verbe y **La Cité Catholique.**

Como director de la revista **Verbo** y de **La Ciudad Católica** Argentina, íntimamente ligados a sus correspondientes franceses en la lucha por la realeza social de Cristo Nuestro Señor, y sin deseo de entrar en polémica sino de rectificar la errónea información de la cual su revista se hace eco, me veo en la obligación de hacerle llegar las aclaraciones siguientes:

1) El documento al cual se refiere "Chronique Sociale de France" es un documento de trabajo interno de la "Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia" (A.C.A.) de fecha marzo 1960 divulgado primero en hojas policopiadas, después por diarios izquierdistas como "Le Progres Dimanche de Lyon", "France observateur", "Le monde", "Liberation", "France Soir" motivando la precisión de "La Croix" en noviembre de 1961.

Enterado del mal uso que se estaba haciendo de un documento cuya copia entonces en circulación comportaba errores materiales groseros, Mons. Feltin Cardenal Arzobispo de París delegó en julio de 1960 (posteriormente a la difusión del documento) en Mons. Hamayon, Obispo auxiliar de París, quien pronunció el 1º de julio de 1960 la siguiente alocución de apertura del Congreso de **La Cité Catholique:**

Alocución de Mons. Hamayon

"En la hora en que el materialismo amenaza invadir tanto las estructuras del Estado como el corazón de una juventud educada en un laicismo opuesto a todas las fuerzas espirituales; en la hora en que ciertos católicos intelectuales o publicistas seducidos por el Estatismo invadiente, sacudidos por una fiebre de independencia con respecto a la Jerarquía, fácilmente olvidadizos de las encíclicas pontificias que no concuerdan con su modo de pensar, no tienen

sino acerbas críticas para los militantes deseosos de propagar la Verdad en la Caridad, de trabajar con eficacia aplicando, según lo requiere la prudencia, los principios a los actos, de propagar el reinado de Cristo en la ciudad por una juiciosa elección de los medios adaptados a ese fin; en la hora, digo del desconcierto de tantos espíritus intoxicados sea de liberalismo, sea de marxismo, es sumamente confortador el observar algunos cristianos compenetrados de la necesidad de hacer conocer la sumisión a **la Iglesia, con la confianza de las más altas autoridades del Vaticano y la bendición del soberano Pontífice.**

"¡Que la Ciudad sea católica, que Cristo reine, que sea el Rey del Mundo! Programa de vida y de acción conforme a las exigencias del evangelio y cuya realización debe llenar toda alma cristiana de entusiasmo. Programa de vida y de acción recordado incesantemente por el Soberano Pontífice y por los Obispos.

"Cristo es Rey. El lo proclama (frente a Pilatos), El, tan pobre que no sabía, en las noches de sus correrías, dónde descansar su cabeza, El, profeta y taumaturgo sin otra escolta que un puñado de pescadores de lago, desprovistos de recursos y de autoridad.

"Y el mundo desde hace 2.000 años no quiere admitir esta afirmación conmovedora.

"«¿Un Rey, dice con sorna, el que nació en un pesebre, de una raza despreciada? ¿Un Rey está condenado, clavado en la Cruz? ¿Ilusión o mentira?»

"«El Maestro que aceptaríamos debería poseer riquezas, apoyar su poder en las armas, traernos la felicidad terrestre que sola vale e importa».

"Y nuestros conciudadanos conservan en su corazón la esperanza quimérica de gozar locamente de su independencia sin depender de nadie, y si no la poseen de conquistarla fuera de Dios por el oro y el poder.

"Pero vosotros, con fe esclarecida y Caridad encendida, habéis tomado la resolución de establecer el reino de ese Rey singular cuyo poder está establecido en nuestro fuego interior, en la universalidad de las almas, de establecer ese imperio abarcando a todos los pueblos y todos los tiempos, en el cual el amor egoísta que engendra el odio y el sufrimiento no impera más, pero sí el amor divino fuente de toda paz y de toda felicidad.

"Para orientar nuestra acción cívica y para llevarla adelante sin desviación, lealmente para proclamar la Verdad, toda la Verdad en el amor de Dios y de nuestros hermanos, os habéis reunido en este décimo Congreso para el estudio de las civilizaciones y de las técnicas, de las condiciones de vida social y de los cuerpos intermedios que se interponen entre el Estado y los individuos, cada una en su orden y según su necesidad especial.

"Vuestra tarea es delicada, la unión de lo espiritual y de lo temporal es ardua en su realización: la conciliación de las exigencias cristianas y de vuestra responsabilidades Cívicas y Políticas reclama una conciencia recta esclarecida, porque si la Iglesia da a los hombres la doctrina de salvación de su fundador, si ella los exhorta a la leal aplicación de los principios de su moral, también es cierto que les deja, en su calidad de ciudadanos, el cuidado de insertar sus principios en las realidades políticas cargándolos así de una pesada y gloriosa responsabilidad.

"Sirviendo la Ciudad temporal de esta manera edifican al mismo tiempo el Cuerpo Místico de Cristo.

"Amparar, hacer crecer el país en cada uno de los campos en que está empeñada la responsabilidad de los ciudadanos como la familia, la profesión, la escuela, el servicio público, el partido político ¿no es acaso obrar para todos, para una Francia más fuerte, para una Iglesia cuyos hijos llevan a todas partes, sin violencia, sin coerción ni disimulación «el testimonio de una vida resplandeciente y vivificante, generosa y de amor», y militan cada día en la lealtad y la caridad, para el retorno de la sociedad moderna hacia las fuentes consagradas por el Verbo de Dios hecho carne?

"Durante estos tres días trataréis de determinar los medios más eficaces para el logro de un objetivo bien definido: la construcción de la Ciudad Católica. Tantos discursos se pronuncian en vano en estos Congresos que nuestros contemporáneos multiplican a placer para satisfacer el prurito de la palabra; tantas resoluciones se toman, olvidadas al día siguiente porque no han sido pensadas con la seriedad indispensable, tantas agitaciones han sido confundidas con la acción verdadera, tanto individualismo ha reinado en las filas de los católicos a pesar de los llamados insistentes de la jerarquía a la unión de nuestras filas, en una palabra tanta generosidad ,tantos esfuerzos, tanta buena voluntad han sido desperdiciadas por falta de organización, por ausencia de verdadera reflexión, que me complazco esta mañana, al traerles mis augurios, en encontrarme en medio de cristianos que ponen en primer lugar la preocupación de la eficacia, el deseo de tener éxito, y más que todo, la búsqueda paciente y obstinada de la unidad en Cristo".

Este documento bastaría por sí solo para rebatir las objeciones presentadas por el pseudo informe en cuanto al objetivo, los métodos de acción y el espíritu de la Cité Catholique, dado que su fecha es posterior a la del texto invocado. Sin embargo podemos todavía hacer notar las siguientes inexactitudes:

a) **La Ciudad Católica** no podía haber tomado a la fecha del

informe posición en cuanto al referendum de autodeterminación de Argelia dado que ese es ampliamente posterior al informe. Además quien nos conoce sabe que esta clase de opciones está precisamente fuera de nuestros métodos de acción y prohibida por nuestras reglas.

b) La Ciudad Católica no tiene nada que ver con el doctor Lefebvre y su movimiento corporativo.

c) Jean Ousset no ha sido nunca comunista pero sí, constantemente católico práctico.

d) "Pour qu'Il règne" lleva prefacio de varios prelados franceses y en su edición castellana del arzobispo de Zaragoza y del obispo de Bilbao (posterior a marzo de 1960).

e) No empleamos métodos comunistas, dado que no se puede emplear medios cualquiera para nuestro fin, sino el método de "células" recomendado por Pío XII en su discurso al segundo Congreso del apostolado de los laicos y "acción capilar" preconizado por Pío XII en su discurso a la juventud de Acción Católica Italiana el 4-11-1953.

f) No estamos empeñados en seguir una línea política de derecha o de cualquier otra orientación. Las palabras de derecha e izquierda no tienen mayor significación para nosotros ya que nuestra opción particular es de no tener opción política determinada. Al contrario tiene sentido para nosotros todo el abanico de las relaciones sociales, de las categorías más bajas a las más elevadas, que deseamos ver infiltradas por la doctrina social de la Iglesia.

g) En cuanto a la presencia de sacerdotes entre nosotros en las reuniones de estudio, al correcto uso de la enseñanza pontificia, como al espíritu que anima la obra nos remitimos al artículo del eminente teólogo de la Compañía de Jesús, R. P. E. Guerrero, S. J. y a la carta del Arzobispo de Tulle, Mons. Lefebvre que transcribimos a continuación:

Artículo del R. P. Eduardo Guerrero, S. J.

La Ciudad Católica, signo de contradicción: Jesucristo no sólo es Señor de los individuos, sino de la Sociedad y del universo. Como Verbo encarnado, Creador y Redentor del hombre, es dueño absoluto de su ser y de su actividad, en cualquier aspecto de su vida y en todos los momentos de su existencia.

Es pues, una obligación esencial del hombre —obligación de que ni Dios mismo puede dispensarlo— reconocer ese dominio o realeza del Señor, lo mismo en el foro social y público que en el individual y privado.

La persona humana, según los designios divinos, manifestados expresamente por la ley natural, ha de ser religiosa, como persona privada y como miembro de la sociedad.

Esto último implica una estructura religiosa de la sociedad política con un poder político y un Estado que tutela y promueve en forma adecuada el valor religioso considerado esencial al bien común y primordial entre todos los demás valores que lo integran.

La ley de gracia promulgada por Jesucristo, Dios Redentor, ratifica —naturalmente— esos mismos designios de Dios Creador, cuanto a exigir que así la sociedad civil como el individuo reconozcan, adoren y sirvan a su autor, pero precisando que la religión que ha de inspirar la conducta, pública y privada, es la revelación en Jesucristo —que es la católica—, y que, a tenor de esa revelación, el Estado seguirá obligado a actuar religiosamente, si bien de otro modo, o sea, recibiendo de la Iglesia las normas religioso-morales que han de regular su comportamiento, y garantizándole a ésta condiciones de orden temporal favorables a su augusta misión.

Así, pues, el ideal divino, en este orden de providencia sobrenatural, es que todos los hombres sean católicos, toda sociedad sea católica y el Estado, correspondiente a esa sociedad católica, tribute culto a Dios en católico y promueva el bien común temporal concebido en católico; de forma que proceda con entera libertad en cuanto no tiene conexión con el bien sobrenatural de las almas, pero acatando los mandatos y directrices de la Jerarquía Sagrada y respetando el interés religioso en cuantos aspectos lo tienen.

Por que el Estado, según el orden vigente, nada puede lícitamente hacer que de suyo o por su naturaleza cree obstáculos a la eterna salvación de los ciudadanos; y está obligado a prestar cuanto, de serle posible, sea necesario para establecer las condiciones legales que la garanticen.

El laicismo, en que ha venido a parar la progresiva degradación de la fe en los pueblos cristianos, ha hecho imposible hoy en casi todos ellos la realización del ideal divino de la vida política, y, en muchas inteligencias, aún su mera comprensión. Pero tal imposibilidad no destruye el ideal mismo, que pertenece a la entraña del dogma. Los católicos bien formados saben que la misma doctrina católica les dicta prudentes acomodaciones a las circunstancias; pero también saben que no por eso se ha de borrar de sus mentes la luz del ideal, ni han de renunciar al conveniente esfuerzo para aproximarse a él, poniendo de su parte cuanto puedan para cristianizar las estructuras del mundo, esto es, de la sociedad civil.

Es, pues, verdadero que no ha de imponerse una determinada forma de relaciones entre el Estado y la Iglesia como la única católicamente válida en cualesquiera circunstancias; pues cada caso exigirá una diferente, y esa será, en concreto, la más agradable a Dios en tal hipótesis; pero es falso que cualquier hipótesis lo sea igualmente, pues, como queda dicho, el ideal divino es la unidad

en la fe católica, no sólo de una u otra sociedad, sino de todo el orbe, la ordenación del poder civil también al fin sobrenatural —que es el único supremo del hombre regenerado por Cristo—, y su obligación de secundarlo promoviendo un orden temporal favorable a la misión de la Iglesia.

La Ciudad Católica, según consta por sus estatutos y por las alabanzas que le han tributado venerables prelados de todo el mundo, es una asociación que pretende inculcar en sus miembros la viva conciencia de ese ideal, y suministrarles un exacto conocimiento de cuál es la doctrina católica sobre la constitución cristiana del Estado y de la sociedad en orden a actualizarlo.

Laudable pretensión que no es sino la obligada reacción de nobles espíritus católicos, amantes de Cristo y de su Iglesia, ante las enseñanzas y cálidas exhortaciones de León XIII, Pío XI y Pío XII. Pues estos ilustres Pontífices nada han recomendado más vivamente a los fieles que el conocimiento y difusión del pensamiento social y político de la Iglesia y la participación en la vida pública, precisamente para encarnarlo en ella: Si los católicos no conocen la doctrina de la Iglesia en este punto, y no descienden a la arena para propagarla y aplicarla en las estructuras y actividades de las asociaciones culturales profesionales y políticas, serán los enemigos de Dios los que se apoderen de los resortes de influencias y de mando, para plasmar y regir la sociedad civil a su gusto, y en oposición al ideal de la redención cristiana.

Todo católico está obligado a procurar con todas sus fuerzas el reinado social de Jesucristo, para que el orbe no sea únicamente, ni principal y mayoritariamente, ciudad de Satanás, sino al revés, la Ciudad de Dios.

La Ciudad Católica proclama en sus estatutos y en sus manifestaciones públicas: congresos y escritos autorizados, que no es un partido político o asociación militante, como tal, por una opción política concreta; aunque cada uno de sus miembros, según los mandatos y recomendaciones de la Santa Sede, pueda y aún deba adscribirse a cualquier grupo de ideario ortodoxo donde, a su parecer mejor se realicen sus posibilidades de acción provechosa al bien común de su patria, del mundo y de la Iglesia.

Como tal, **La Ciudad Católica** no tiene otra finalidad que fomentar en sus miembros el conocimiento del ideal católico sobre la estructura y funcionamiento de la sociedad civil y el entusiasmo por actualizarlo.

Los medios utilizados son:

1º El estudio de los documentos del magisterio eclesiástico que, en parte, se coleccionan y comentan en el libro "Pour qu'Il règne" (recientemente traducido al castellano y distribuido por la editorial

Fax), y el uso de la revista **Verbe**, donde se presenta y explican, así eventuales enseñanzas pontificias y episcopales, como otros diversos trabajos e informaciones en armonía con el fin pretendido.

2º La celebración de congresos, nacionales e internacionales.

3º La difusión capilar de la sana ideología católica mediante fraternales contactos de los miembros de **La Ciudad Católica** entre sí y con amigos y familiares.

El método más práctico para el ordinario estudio de los documentos mencionados y el desarrollo del espíritu de celo por el reino de Cristo es la formación de los posibles grupos o células, de escaso número de miembros cada uno, la lectura y comentario, con adecuado diálogo, en reuniones periódicas, y el cultivo de la vida sobrenatural por los medios corrientes hoy en la Santa Iglesia.

En los Congresos y Asambleas se presentan lecciones o ponencias redactadas por especialistas selectos, se dialoga sobre ellas y se anima a todos al trabajo por el reino de Dios.

Por supuesto, **La Ciudad Católica** está siempre en comunicación con la Jerarquía Sagrada, siempre a su vista, siempre atenta a sus orientaciones y a sus paternales advertencias. Porque, si bien no es una Asociación de Acción Católica, y por eso mismo no necesita como éstas la autorización episcopal, tiene muy asentado en la conciencia que los católicos ni en privado ni en público, ni en particular ni colectivamente, hacen nada que, en el aspecto dogmático y moral no caiga bajo la jurisdicción eclesiástica.

No se necesita mandato alguno para hacer el bien, aunque sea enseñar al que no sabe, como bien lo proclamó el gran Pío XII; pero sí se ha de estar pronto a oír, acatar y poner en práctica las amonestaciones, mandatos, directrices y recomendaciones de la autoridad eclesiástica, cuando ésta juzgue conveniente intervenir; y aún, en determinadas ocasiones se habrá de procurar su previa anuencia y hasta aprobación, para prevenir deslices, evitar malas inteligencias y adelantarse a maliciosas interpretaciones. Todo lo cual observa con solicitud **La Ciudad Católica**.

Este cuidado de estar siempre a la vida de la Santa Sede y de los prelados, aconsejada por solventes teólogos y provista en su zona directiva de personas bien formadas en la doctrina católica que especialmente le afecta y ha de ser conocida, propagada y actualizada por sus miembros, es postulado vital de **La Ciudad Católica**.

Por esto, hasta el presente, y pese a la guerra que le hacen, así los enemigos conscientes del reinado social de Jesucristo como las comparsas de inconscientes colaboradores, nada se le ha podido probar contra la ortodoxia, ni en la teoría ni en la práctica.

Se le han lanzado, es cierto, algunas acusaciones, y se le han

formulado y orquestado ciertas preguntas inspiradas por la desconfianza, pero las acusaciones son totalmente falsas, y las preguntas, con sus armónicos de maliciosas sugerencias, carecen de sólido fundamento y aparecen manifiestamente tendenciosas, como puede verse en **Verbe**, núms. 127 y 129, y en dos opúsculos de Madiran que, a mi juicio, son decisivos: Les machinations contre **La Cité Catholique** y La Cité Catholique aujourd'hui.

Informations Catholiques Internationales, número 114, pergeñó un dossier tan inconsciente como injurioso, que el mismo Ousset refutó eficazmente, como puede verse en la misma revista, núm. 118, obligada por la ley a publicar esa contundente refutación.

Ultimamente se ha sembrado la alarma contra **La Ciudad Católica** dando a entender que su manera de concebir la estructura del Estado no es quizás la única cristiana, y, por lo mismo, parece un abuso tratar de preferirla a los demás; que, por ventura, sobrevalora el imprimatur de sus propios escritos y la autoridad de los documentos contenidos en "Pour qu'Il règne"; que quizá no guarde la conveniente norma al interpretar las enseñanzas del magisterio eclesiástico; que, pues no es A. C. no tiene mandato para enseñar la doctrina católica; que propagar esa doctrina en lo social y en lo político no es medio más eficaz, ni siquiera tan eficaz, como propagar el Evangelio, cuya predicación es el deber primordial de la caridad cristiana; que no se debe canalizar el celo de los cristianos en favor de una acción ante todo política; que, en fin, la acción de **La Ciudad Católica** no puede ser lo que dicen sus estatutos sin descender a lo particular y existencial y traducirse en opciones políticas concretas y partidistas.

Madirán y Ousset, en los escritos citados, dan buena cuenta de semejantes objeciones e insinuaciones, y, en mi opinión, quien las lea con espíritu imparcial quedará plenamente satisfecho.

Aquí, pues no dispongo de más espacio, sólo diré:

1º Cuanto a las estructuras concretas del Estado, determinables, ciertamente, por las diversas circunstancias, existen muchas formas concordes con la razón y la fe, en cada caso, a lo menos como mal menor; pero sólo hay una esencia común a todas las que puedan llamarse cristianas, y un ideal de régimen político, que es el descrito al principio de este trabajo.

Esa esencia común y ese ideal es lo que promueve **La Ciudad Católica** como asociación, dejando a cada cual su responsabilidad en cuanto individuo y ciudadano para actuar donde estime conveniente, dentro de la ortodoxia y de la disciplina establecida por la Iglesia.

2º No hace falta mandato alguno para enseñar al que no sabe la doctrina católica, ni para exhortarlo a que la ponga en práctica,

con tal que se sepa lo que se enseña, no se actúe en la clandestinidad, ni en el sistemático aislamiento de la autoridad eclesiástica, ni en actitud de rebeldía contra sus eventuales intervenciones. Condiciones todas que cumple **La Ciudad Católica**.

3º Efectivamente, para captar el verdadero sentido de los documentos pontificios y episcopales y no sobrevalorarlos, es necesario considerar los adjuntos de lugar, tiempo y personas y el objetivo del legislador y maestro; pero esta recibida norma no supera la competencia de los miembros directivos de **La Ciudad Católica** y de sus consejeros, y nada se aduce probativo de que no la observen.

Por otra parte, ningún error concreto se ha podido señalar a **La Ciudad Católica**, en cuanto asociación sobre este punto.

Es, pues, innecesario insistir en justificarla. Pero no será ocioso preguntar cómo es posible, sin prejuicios ni apasionamientos, quizás inconscientes, suscitar tales sospechas contra una corporación tan respetable que ni ha sido sorprendida hasta el presente en error sobre la materia, ni da paso alguno sin la orientación de directivos tan cultos, bien formados y capacitados para entender los textos del magisterio eclesiástico en lo que atañe a **La Ciudad Católica**, y sobre todo, dóciles y adictísimos a la Santa Sede y a los prelados.

Con mayor necesidad habría de recomendarse a los adversarios de **La Ciudad Católica** que guarden las reglas de la sana hermenéutica, para no subestimar esos mismos documentos que dicen sobrestimar los de **La Ciudad Católica** pues de tal manera los relativizan a su tiempo, que vienen a negarles todo sentido permanente; nada válido para hoy contienen ni el Syllabus, ni Inmortale Dei y Libertas, ni Quas Primas, ni las enseñanzas de Pío XII.

Por añadidura hacen tabla rasa de todos los teólogos clásicos en la materia, como Belarmino y Suárez. El Cardenal Pie es un ultramontano Obispo de una insignificante diócesis provinciana. Cavagnis y Ottaviani no cuentan. Et sic de ceteris. En cambio...

Gracias a Dios, somos muchos los teólogos que no participamos de esa opinión. y no creo que entre los Obispos de todo el orbe hallaran una docena de patronos. Desde luego, ni un solo texto pontificio pueden citar a su favor.

4º Enseñar y actualizar la doctrina católica en lo social y en lo político es enseñar y actualizar el Evangelio, en el que sus principios se contienen, y debe reputarse un apostolado necesario y recomendado por los Papas. Por lo demás ese apostolado no es incompatible con otros; y, pues no todos podemos hacerlo todo, lo más santo será hacer cada uno lo que Dios, por su aptitud y por las circunstancias del momento y la dirección de sus superiores y

prudentes consejeros le dé a entender. Y será gran predilección divina escoger a uno para promover el reinado social de Jesucristo, sin el cual todos los demás apostolados v. gr. la predicación, administración de sacramentos, educación cristiana de la juventud... pueden quedar, en mayor o menor grado dificultados y aún impedidos, como se prueba, desgraciadamente en la misma Francia, por lo que atañe a la educación en las escuelas.

Pese a ciertos alucinados, el ideal de la Iglesia no es vivir la vida de las catacumbas, de las checas y campos de concentración y trabajos forzados... San Pablo encargaba a Timoteo que todos pidieran, suplicaran y dieran gracias a Dios, a fin de que tocara el corazón de los gobernantes y los inclinara a actuar de modo que los fieles pudieran vivir en tranquilidad y paz. Esas oraciones ha dirigido y dirige a Dios la Santa Iglesia en todo tiempo, mientras ha proclamado y proclama como un ideal el régimen de Estado Católico, y pro aris et focis lo ha defendido y lo defiende donde aún es viable.

Para algunos, propugnar con la Cité Catholique la estructura cristiana de la sociedad civil, manifestada en el Estado Católico, es desnaturalizar el mismo reinado social de Jesucristo; porque el Estado Católico facilita la acción apostólica de la Iglesia, y el reino de Dios, en el orden sobrenatural lleva como algo esencial la Cruz que, es dolor, lucha penosa contra el espíritu del mal. Pero la verdad es que entre el ideal del reinado social de Jesucristo y el misterio de la Cruz no existe oposición alguna; no sólo porque tal ideal nunca se realizará con perfección, y habrá margen siempre para mortificantes conflictos entre ambas potestades con el consiguiente sufrimiento de los miembros del cuerpo místico, sino porque, aún en el caso de realizarse, no desaparecerán las limitaciones humanas ni la pugna entre "caro" y "spiritus" —en la plenitud del sentido paulino— que son el origen del dolor y de la lucha en que la cruz consiste.

Así que abusan del tópico quienes sostienen que los paladines del Estado Católico, como elemento constitutivo del imperio social de Jesucristo, tienen una visión demasiado temporal de la Realeza del Salvador, como si aspiraran a una situación terrena mezcla de teocracia y de milenarismo con felicidad plena en este mundo. Sólo aspiran a que se respeten los derechos de Dios y de su Iglesia, y de ese respeto, que es justicia, fluya la paz, que es su fruto y don tan del deseo de Cristo, Príncipe de la Paz.

5º La Ciudad Católica, con no menor derecho que cualquier Facultad Católica de Teología o cualquier Asociación de Acción Católica, al estudiar y enseñar la doctrina de la Iglesia puede y debe considerar las instituciones concretas, para juzgar si en ellas

se actualiza; como el moralista examina los casos reales, y como los Papas y los Obispos, dictaminan sobre los hechos particulares en cuanto conformes o no con las exigencias de los principios.

Lo que no puede hacer, según sus estatutos la definen, es tomar parte, como tal **Ciudad Católica**, en la vida pública cual si fuera un partido más con su programa preciso sobre la forma del Estado, y sobre los aspectos concretos de la política, aunque sus miembros puedan y deban inscribirse en el que juzguen conveniente dentro de las normas religiosomorales dictadas por la Iglesia.

Desgraciadamente, aún en los medios católicos, y hasta entre teólogos, existe hoy un ambiente laicista. La degradación de la fe cristiana en las conciencias ha provocado el descenso de la temperatura religiosa y se ha perdido prácticamente la ilusión por promover los valores sobrenaturales y, en concreto, el dulce imperio de Cristo y de su Iglesia en el mundo, mientras se ha desarrollado el amor de lo temporal, que es fin del Estado, y, sobre todo, el apetito de lo material.

Por otra parte, el pluralismo religioso de casi todo el mundo y, en particular, del Occidente, combinado con esa atonía de la fe en lo supraterreno, ha engendrado en muchos católicos una actitud de indiferencia respecto de todas las religiones; y, los que son hipersensibles ante cualquier dificultad contra la convivencia de todas ellas en igualdad de derechos, carecen de entusiasmo para procurar por todos los medios legítimos la unidad religiosa católica en su propia patria y en el orbe, a pesar de ser ella el ideal divino.

Para cohonestar esa situación psicológica propenden a buscar y excogitar doctrinas filosóficas y teológicas que mengüen, cuanto más mejor, los derechos de la verdadera religión y de la Iglesia, y justifiquen como norma, no ya práctica y prudencial, sino ideal, la igualdad absoluta de todas las religiones ante la ley, aún en la sociedad en que no se profesara más que la católica, la separación entre ambas potestades y el laicismo del poder civil. Con tal que no haya positiva persecución del catolicismo están satisfechos.

Pero ya se ve que, conforme a la doctrina permanente de los Papas, una cosa es lo que la prudencia exige como mal menor y bien posible en circunstancias adversas, y otra es el orden que Dios tiene como ideal, por cuya realización todos los católicos han de hacer lo posible tratando de modificar las situaciones que a él se oponen y de crear las que lo exigen o favorecen. Y ese orden, descrito en este artículo, es el objetivo de **La Ciudad Católica**, para honra suya y bien de la Iglesia.

Carta de Mons. Lefebvre al Director de "La Cité Catholique"

Con motivo de la campaña calumniosa levantada contra dicha asociación, Monseñor Lefebvre, Arzobispo-Obispo de Tulle, escribe la siguiente carta a su Director y colaboradores.

A D. Juan Ousset
Director de **La Ciudad Católica**
y a sus colaboradores:

Queridos amigos: La campaña de prensa llevada con insistencia contra su Asociación durante estas últimas semanas no puede dejar mano sobre mano a ningún católico recto y sincero. Con mayor razón debe conmover a los que tienen por cargo la salvaguardia de la Verdad y el acrecentamiento de la vida cristiana.

Me parece que faltaría a la Verdad y a la amistad que les tengo si permaneciera silencioso cuando unas personas consideradas como dignas de fe por lo menos habitualmente, se permiten escribir públicamente contra ustedes y sus actividades, empleando argumentos desprovistos de todo fundamento serio y lo que es más, contrarios a la doctrina de la Iglesia.

Y el diario, considerado con razón o sin ella, como portavoz de la Iglesia de Francia, se permite abrir ampliamente sus columnas a esta odiosa campaña. El silencio, en estas circunstancias, de parte de quien los conoce, les estima y se ve personalmente aludido, es imposible, cuando esta estima estriba ante todo sobre la perfecta conformidad de la actividad de ustedes con el espíritu de la Iglesia y cuando los Sumos Pontífices piden con insistencia a los seglares que se penetren de los principios de la Iglesia en materia política, económica, social, siendo así que ustedes orientan todos sus esfuerzos en este sentido.

¿Qué se les echa en cara?

No ser de "Acción Católica". Pero los católicos pueden y se les recomienda constituir grupos que se esfuercen por hacer más cristiana a la sociedad: en el mundo del trabajo, y en ello se ocupan los sindicatos cristianos; en el campo económico es, según creo, la finalidad de "Economie et Humanisme"; en el terreno de la Ciudad, es vuestra razón de ser. Los Papas han dicho explícitamente que la Acción Católica no era la sola actividad a la que se invita a los católicos. Sería muy deseable que todos los que intervienen en esos terrenos tuvieran siempre la misma escrupulosa fidelidad para las enseñanzas de la Iglesia y la misma sumisión a la Jerarquía.

El nombre de **La Cité Catholique.**

¿Cómo vamos a tomar en serio semejante ocurrencia? El señor Madirán ya ha contestado muy bien en su separata del número 61.

"Que no tienen las aprobaciones episcopales". No son indispensables para una actividad que no es acción católica propiamente dicha. Basta que esta actividad esté plenamente conforme con el Espíritu de la Iglesia y con su disciplina, de lo cual cada obispo es juez en su diócesis.

"Su manera de interpretar los documentos pontificios". ¡Plugiera a Dios que todos los católicos tuvieran el mismo exacto conocimiento de esos documentos y que se esforzaran por ponerlos en práctica con el mismo celo que vosotros! Puedo dar testimonio, por lo demás, de que siempre habéis solicitado el concurso de sacerdotes para ayudaros en dicho conocimiento.

Guárdense ustedes en todo caso de interpretarlos según la regla propuesta por el Rvdo. Padre autor del folleto que os atañe.

No se puede decir cosa mejor para quitar toda autoridad moral a los documentos Pontificios. No mandan los Papas que nos sometamos con este espíritu a su magisterio ordinario.

"Su manera de concebir el poder de la Iglesia sobre lo temporal y sobre la Sociedad". También aquí las citas del R. Padre están muy mal escogidas y no corresponden a la enseñanza actual de la Iglesia. El poder directo o indirecto de la Iglesia tal como lo han desarrollado sus folletos es exactamente el que se enseña en las Universidades romanas y en los documentos emanados de la Santa Sede.

En resumidas cuentas, nos preguntamos qué espíritu anima a los RR. PP. que se encarnizan contra el apostolado de ustedes. Ciertamente no es el espíritu de verdad y de caridad.

Digo "apostolado" porque es verdadero apostolado esforzarse por conocer bien y difundir la doctrina católica tocante a la Ciudad cristiana, sus principios, su constitución, su funcionamiento, con miras a construir la civilización cristiana.

Es muy justo que los seglares católicos se preocupen del porvenir de su familia y vivan con la preocupación de ver a sus hijos crecer en un clima de materialismo, de laicismo y de ateísmo. ¡Cómo explicarnos que en una época en que se desea que los hogares tomen más responsabilidad en el terreno que les incumbe, haya quien se esfuerce por desalentarles y aniquilar sus legítimas iniciativas!

Mientras este ambiente arruina el espíritu sobrenatural, el espíritu de oración, de renunciamiento, de generosidad sobrenatural, y de consiguiente la eclosión de vocaciones sacerdotales y religiosas, se quiere impedir a ustedes recristianizar la sociedad. Su actividad es indispensable y no hace más que reforzar la Acción Cató-

lica. Los dos esfuerzos son complementarios y no se oponen en manera alguna, al contrario. Todavía más, son muchos los miembros de su Asociación que son valientes animadores de la Acción Católica.

¡Buen ánimo! Muchas almas generosas les aman y les admiran. La conjuración de la prensa por otra parte dista de ser unánime. Es mérito grande de la "France Catholique" expresarse con serenidad de juicio siempre iluminados por un admirable espíritu de fe, un sentido admirable de la Iglesia y una caridad que no se desmiente. Este periódico no ha vacilado en denunciar a sus detractores. Todos los católicos que lo leen sacan un inmenso provecho; quiera Dios que siempre permanezca en este espíritu.

Finalmente, roguemos queridos amigos, porque la oración es la que les dará las gracias necesarias para continuar su magnífica tarea con un espíritu siempre más profundamente adicto y sumiso a nuestra Santa Madre y Maestra, la Iglesia Católica Romana.

Que estas líneas les lleven el testimonio y el aliento de mi respetuosa y profunda simpatía".

Esperamos que el Señor Director tenga a bien publicar estos elementos de juicio en las páginas de "Criterio" para que los lectores tengan la información completa que el nivel de su revista merece.

Dios guarde al señor Director.

M. Roberto Gorostiaga

El 4 de agosto, se recibía del R. P. Jorge Mejía, la carta siguiente:

Agosto, 4 de 1962.

Señor M. Roberto Gorostiaga,
Director de "Verbo".
Córdoba 679.
Buenos Aires.

Estimado señor:

Recibo ayer el largo escrito que Ud. me dirige a propósito de la publicación en "Criterio" Nº 1.405 del documento de la Asamblea de Cardenales y Arzobispos franceses sobre "Verbe" y la "Cité Catholique".

Acerca de esto quiero comunicarle lo siguiente:

1º) Antes de proceder a la publicación de dicho documento,

"Criterio" hizo las necesarias informaciones acerca de su autenticidad. El resultado fue satisfactorio. Con todo, no tratándose de un documento oficial, prefirió darlo a conocer en la sección Información de la revista, no en la sección Documentos.

2º) En cuanto puedo ver, ninguno de los textos que Ud. transcribe rechaza la autenticidad del documento, ni se refiere siquiera a él. Como esto es lo único que, en el caso dado, podría interesar a los lectores de "Criterio", no veo ninguna necesidad de publicar los textos transcriptos por Ud.

3º) Sin embargo, en vista de que la carta de Mons. Lefebvre, leída en su verdadero contexto, tiene importancia real, es posible que "Criterio" la incluya en algún número futuro.

Sin otro particular y agradecido por su solicitud le saluda cordialmente in Domino.

Jorge Mejía, Pbro.
Director

Huelga decir que al introducir en el Catolicismo argentino una querella que busca fundamentalmente desacreditarnos en el espíritu de la Jerarquía Eclesiástica, y también al no publicar, no ya la defensa que hacemos de nuestra obra, sino documentos producidos por Obispos y Teólogos que espontáneamente han reaccionado ante tales ataques, "Criterio" no da a **La Ciudad Católica** las satisfacciones mínimas que todos los que luchan por el triunfo de la Verdad se deben entre sí como expresión de mutua caridad.

Por este motivo el Director de **Verbo**, con fecha 14 de agosto dirigió al Director de "Criterio", la siguiente nota:

Agosto 14 de 1962.

R. P. Jorge Mejía,
Director de "Criterio".
Alsina 840,
Capital.

De mi mayor consideración:

He recibido su atenta del 4 del corriente mes con verdadero dolor. Usted nos causa un daño y se niega a repararlo. Es en "Criterio" mismo que se dice que la divulgación de un llamado "documento secreto" es un mal. "Criterio" lo divulga más aún

haciéndolo conocer en nuestro país y otros países de habla castellana. Y luego nos niega sus propias columnas para demostrar el alcance de ese llamado documento, algunas de las faltas a la verdad en que incurre, y dos testimonios razonados de un prelado y un teólogo sobre el espíritu y los métodos de **La Cité Catholique** —que pone en tela de juicio dicho informe. "Criterio", que proclama como su divisa: "...en todo la caridad", nos niega lo que concedió el diario francés "Le Monde", diario del mundo, diario liberal, después de hacerse eco de la campaña de difamación, esto es: abrir sus propias columnas para la rectificación de aquellos cuyo buen nombre estaba afectado. Y no su buen nombre o fama mundana, a la cual también se tiene derecho, sino su fidelidad a la doctrina de la Iglesia y su espíritu de obediencia a la Jerarquía. En una palabra: se cuestionaba su fidelidad a Cristo N. S.

Pero hay más. Dice Ud. que no aportamos ningún esclarecimiento sobre si el dicho documento es auténtico o no y que eso es lo que interesa a los lectores de "Criterio". Pero si en la misma carta nos dice que no lo presentó en la sección "Documentación" sino en "Información" porque el tal no es oficial, o sea que no tiene autoridad de documento.

En cuanto a la autenticidad, no pertenecería a nosotros el probarlo o desmentirla sino a "Criterio". Por lo que nos dice en su carta no tiene la certeza de que tenga autoridad, ni la da a sus lectores. Nosotros no cuestionamos la existencia o no de estas notas. Pero sí el alcance que se les quiere dar.

Al delegar el Cardenal Feltin de París cuatro meses después en Mons. Hamayon su auxiliar, para que lo representara en el X Congreso de la Ciudad Católica y el magnífico discurso de éste cuya inclusión en "Criterio" solicitamos, dio prueba suficiente que no atribuía valor oficial a dicho informe.

Por eso es que la campaña de prensa perfectamente sincronizada que se desató en Francia comenzando por diarios anticlericales y comunistas, y al cual se adhirieron rápidamente muchos más, hizo el trueque de la fecha para presentarlo como posterior a las palabras de Mons. Hamayon.

Y esa campaña difamatoria de prensa se extendió a Canadá y ahora a nuestra Patria con las mismas características, esto es silenciando sistemáticamente en todo lo posible las refutaciones que hizo **La Cité Catholique.**

Es de desear que no prospere entre nosotros esa deplorable costumbre de una parte de la prensa y publicaciones francesas, dueña de medios económicos y publicitarios importantes, de silenciar e ignorar los razonamientos y refutaciones de aquellos que no marcan el paso y se obstinan en hablar de Cristo Rey, en hacer conocer y estudiar las encíclicas (todas las encíclicas) y

documentos pontificios, en señalar las excelencias de la civilización cristiana, esencialmente una, en señalar los peligros modernos, etc.

Por eso le pido, Reverendo Padre, que antes de la salida del número especial que estamos preparando sobre la cuestión, con numerosa documentación inédita en castellano, y al que pensamos dar una difusión excepcional, Ud. se digne publicar en la Revista que tan dignamente dirige las aclaraciones que ya obran en su poder.

Será para bien del catolicismo argentino tan abierto al diálogo fraternal y alejado de querellas foráneas.

Su servidor in Xto. Rege.

M. Roberto Gorostiaga

Como toda respuesta, "Criterio" nos dice:

Agosto 23 de 1962.

Señor Roberto Gorostiaga,
Director de Verbo.
Buenos Aires.

Estimado señor Gorostiaga:

Su nueva carta del 14 de agosto me sugiere las reflexiones siguientes:

1º) La publicación de un informe episcopal de si no es un daño para nadie, porque se presume que no contiene calumnias, interpretaciones torcidas o errores groseros. Puede, en cambio, ser un bien para el conjunto de la comunidad cristiana. Que el informe en este caso fuera secreto no cambia nada a la esencia de la cuestión, porque no lo era ya cuando "Criterio" resolvió darlo a conocer y se sabía de él lo suficiente como para que pareciera útil publicarlo aquí por entero.

2º) Si esto se admite, no veo por qué Ud. reclama un lugar en nuestras columnas y me habla de "rectificación" y de "buen nombre... afectado". Si el informe contiene "faltas a la verdad" como Ud. dice, ciertamente no son intencionales ni proceden de una voluntad perversa. Supongo que pueden ser refutadas, pero no necesariamente en las columnas de "Criterio", que, hasta prueba contraria, no reconoce haber cometido "difamación" ninguna, ni menos haberse hecho "eco" de cualquier "campaña".

3º) En cuanto al "alcance" que, según Vd., "se le quiere dar" al informe, ello no debe ser por causa de nuestra publicación, en la cual se ha precisado muy bien cuál era el origen y sentido del

texto. Insisto —aunque Ud. parece interpretar mi afirmación de una manera propia— en que el informe no fue incluído en la sección Documentos, precisamente porque no es un documento del Episcopado francés.

Espero haber contribuido de este modo a aclarar los términos del debate.

Lo saluda cordialmente.

Jorge Mejía
Director de "Criterio"

En nuestro país numerosos Obispos nos alientan constantemente y el prefacio dado al "Marxismo Leninismo" por S. E. el Cardenal Primado, doctor Antonio Caggiano es la mejor recompensa de nuestro humilde trabajo. ¡Qué mejor satisfacción podemos anhelar que el beneplácito de nuestros Padres!

No luchamos para nosotros sino para Dios, Creador del Universo, a cuyo Hijo queremos devolver la sociedad humana, sin ningún afán de imponer una teocracia (que rechaza nuestra Santa Madre la Iglesia), como lo creen algunos.

Sólo pretendemos la sincera conversión de hombres que, conociendo la doctrina de la Iglesia a fondo, midan la tremenda eficacia social de su postura espiritual; el acercamiento de los miembros de las diversas clases sociales en ese algo anterior, superior y común a todas las formas sociales que es el reinado en la Sociedad de la Justicia y de la Caridad, y por la puesta en obra al servicio de la Realeza de Cristo, de todos los medios espirituales y temporales utilizados **simultáneamente.**

Pero si esta campaña desatada contra nosotros es dolorosa, justo es reconocer que reconforta el ánimo ver que el enemigo reconoce la eficacia de nuestra acción y la teme.

He aquí una prueba. Nuestro amigo Juan Ousset, Director de **La Ciudad Católica Internacional**, se encuentra en Quebec, Canadá.

A poco de su llegada comenzaron los ataques en las formas conocidas, con este agregado: La Sociedad Amigos de la U.R.S.S. de Canadá dirigió a todos los Obispos Canadienses la circular siguiente:

THE NATIONAL COUNCIL FOR CANADIAN-SOVIET FRIEND

National President: Leslie Roberts.
Vice-President: G. Pappineau Couture K.C. - Barker Fairley - Carleton W. Stanley, LLD - F. J. Toole, Ph. D.
Hon. Treasurer: E. D. Macinnes.
Chairman of Executive: Barker Fairley.
National Committee: Marcus Adeney - Boris Berlin - Senator T. D. Bouchard - J. W. Buckley - Rabbi A. L. Feinberg - Margaret Gould - R C. Harvey - Leopold Infeld, Ph. D. - A. Y. Jackson - I. Malania - Rev. I. G. Perkins - Elmore Philpott - E. J. Pratt - D. Litt - S. F. Ryerson - Rev. Fer Sayles - S. Shek Christian Siverts, Ph. D. - Mrs. M. H. Spaulding - J. H. Sutherland - Wm. Teresio - Mrs. Paul Veil.

Querido Obispo Católico:

Nuestro organismo tiene conocimiento de que Ud. es verdaderamente un hombre santo, un gran amigo de la humanidad, y un filántropo sin prejuicio alguno.

Es por eso que queremos recordarle el editorial que un gran católico y amigo de la humanidad, M. Gerard Pelletier, ha publicado en la página cuatro del diario "La Presse" de Montreal el 21 de noviembre de 1961, bajo el título "Diálogo e Inquisición".

Este artículo se refiere a la actividad local de cierto francés, Jean Ousset, quien ha venido de París para sembrar la confusión en la provincia de Québec. Este individuo que se dice fundador de **La Cité Catholique** de Francia, y principal inspirador del sedicente magazine católico **Verbe**, es un agitador y un Quijote que en su locura se ha lanzado en una guerra utópica contra el comunismo. De hecho este peligroso individuo es un antiguo comunista que pretende ahora haberse convertido al catolicismo y que trata de agraviar a los que lo han tratado bien en el pasado. No creemos que la ingratitud para con el comunismo o cualquier otra corriente, pueda ser una virtud Cristiana. Ud. también, querido Obispo Católico, no lo duda. Es por eso que esperamos que Ud. no se dejará engañar por este malhechor.

Como lo decía el sabio y piadoso católico Gerard Pelletier en su editorial de "La Presse", Jean Ousset, un traidor al comunismo, ha venido aquí para fundar las células católicas de su "Cité Catholique" con el objetivo último de instaurar una dictadura de

derecha que colocara a Uds., Obispos Católicos, en el mismo estado de esclavitud de vuestros hermanos de España y de Portugal.

Desconfíe de este individuo, querido Obispo, y no deje envenenar a su diócesis. La guerra entre los hombres ha durado demasiado ya. Podemos y debemos todos, ser hermanos, tanto comunistas como cristianos, y existe seguramente el medio para llegar a un entendimiento. ¿O es que siempre deberemos combatirnos? No, eso no sería ni cristiano, ni comunista.

El buen Cristiano que Ud es, está ahora alertado. No deje esta serpiente venenosa infiltrarse entre sus fieles y, en nombre de la fraternidad y del buen entendimiento, eche a esta víbora de vuestra diócesis Católica. Sabemos que Ud. es un hombre santo, un hombre bueno, un hombre fraternal que seguirá el consejo del más notorio editorialista católico de vuestro mejor diario católico, "La Presse".

Que Dios os bendiga, querido Obispo, y en nombre de la fraternidad y del buen entendimiento, haced algo y hacedlo rápido porque el peligro es próximo y grave con la presencia de este enviado de Europa, Jean Ousset. Es un hombre malo y Ud. es un hombre bueno: Ud. debe, pues, actuar inmediatamente.

Suyo en total fraternidad y buen entendimiento.

Dejamos a nuestros amigos juzgar el efecto que produjo en el ánimo de los Obispos Canadienses semejante misiva.

Somos pobres, somos humildes, somos pocos. Pero tenemos un aliado poderosísimo, más poderoso que cualquier enemigo: Dios, para quien luchamos.

Repitamos pues, amigos de **La Ciudad Católica**, el lema que Bernanos proponía al pueblo cristiano:

"Nuestro honor no es vencer, pero sí sobrevivir, cueste lo que costare, hasta el día cierto, ineluctable, en que Dios triunfará en nuestro lugar".

VERBO

Con las debidas licencias

Director: M. Roberto Gorostiaga

Córdoba 679, esc. 710, Bs. Aires, Argentina - Teléf. 32-6343

Corr Argen Centr

FRANQUEO PAGADO
Concesión nº 1217

